

el vegetal extrae la esencia de su conservación y de su crecimiento, de todos elementos de la naturaleza. Las substancias más groseras y las más materiales, puestas en contacto con los mil hilillos de su raíz, se purifican, se desmaterializan, se vuelven fluidas, y arrastradas por la corriente de la savia ascendente, van á llevar á cada ramita del árbol inmenso, su ración de nutrición y su chispa de vida.

Así es como, de un modo más tangible y más evidente, nuestros granos nutritivos, desprendidos de sus espigas y mondados por nuestras diversas maniobras, son machacados por las asperezas del molino, convirtiéndose en polvo por el frotamiento mecánico, volviéndose pasta, por medio del agua, y siendo nuestro pan alimenticio, por el fuego.

Os será fácil comprender ahora, por todas estas consideraciones y comparaciones, lo que llega á ser un medicamento cualquiera depositado en el estómago, en dosis fuerte, y cómo adquiere una acción terapéutica.

Sometido al engrane del dinamismo fisiológico, se convierte en lo que se convierten los elementos de las aguas medicinales, después de haber sufrido su dinamismo especial, conforme á los procedimientos

múltiples y secretos de la naturaleza.

Es evidente que todas esas pretendidas objeciones, nacen de una falsa concepción de la esencia de la enfermedad.

Por ejemplo: si consideráis á la "clorosis" como un empobrecimiento de la sangre, si hacéis consistir esa afección de las jóvenes, en que la sangre está dprovista de fierro, y en que la serosidad está en exceso con respecto á la fibrina, os parecerá muy racional el dar á vuestras pálidas enfermas las pildoras de Vallet. Poned fierro en donde falte y restableceréis el equilibrio fisiológico.

Desdichadamente, conforme á estas lastimosas consideraciones, obran la mayor parte de los médicos; partiendo de este punto de vista fué como Dupuytren, escribiendo una consulta á una señora, respecto á su hija clorótica, le aconsejó que tomase limadura de fierro en la casa de un cerrajero, á fin de tenerlo más puro, y dar á su joven enferma en dosis crecientes, hasta cinco gramos diarios, de manera á cambiar en un verdadero mineral las entrañas de la pobre niña.

Perosi en vez de considerar á esta enfermedad como una alteración puramente química, la consideráis como una alteración puramente vital; si—á ejemplo de varios auto-

res respetables, entre los que citaré á Golfín, profesor en Montepellier á quien escuché dar sobre este punto una lección notable—si veis en esta afección, una alteración específica del «Gran simpático», ¿con qué objeto recetaréis el fierro, y cual será la causa racional de vuestro efecto curativo? Me complacería saber si fuera del dinamismo fisiológico, teneis una explicación probable de este fenomeno terapéutico.

Acarreado por todos los vehiculos orgánicos, el fierro se fluidifica, por decirlo así, y cuando llega ante el fluido vital, la neutralización se opera, y el Gran simpático entra al orden, recobrando su equilibrio normal.

Es posible que tengáis otra explicación, distinta de ésta, pero es posible, que sea falsa.

Esta explicación, la aplico generalmente, á la acción terapéutica de todas las dosis macizas,—sería fácil, pero muy largo de demostrarlo de una manera particular—y resulta, entonces, que todas las medicinas obran conforme á uno de los tres dinamismos, conclusión que entra perfectamente en nuestro objeto.

Cuando he dicho que el estómago era el recipiente único y necesario de todos los medicamentos, me he equivocado.

Cuántas veces, en efecto, he hecho desaparecer accesos de fiebre por el sulfato de quinina en pomada, y en fricción, en ciertos huecos de la superficie cutánea! Este método por absorción endérmica, lo emplea frecuentemente la Antigua Escuela. Se le ha preconizado mucho en nuestros días, mas los médicos antiguos, ya tenían conocimiento de él, y lo practicaban con éxito. Así Boyle—que no pertenece á ninguno de nuestros sistemas modernos,—atestigua que, el mismo se curó, muchas veces de la fiebre, con cierto remedio aplicado en la muñeca.

También habla de algunos médicos que purgaban con tópicos, ó remedios externos. Refiere, «que un químico habiendo se apercebido de que uno de sus amigos "trataba de visión" á esta manera de purgar, le frotó la mano con un aceite, con el cual algunos momentos después, éste incrédulo se sintió tan apremiado, como si hubiera tomado en la mañana una "medicina," pero sin retortijones, sin dolor, y sin destemplanza.»

Finalmente, después de haber enumerado otros muchos fenomenos notables de ese género, declara, que tiene mucha inclinación á creer que «los preservativos, llevados al cuello por los antiguos, no eran enteramente supersticiosos,

ni inútiles. Los antiguos llamaban á esos preservativos Amuleta, Phylacteria, etc.

Muy recientemente, durante nuestras epidemias coléricas, ¿no se vió á muchas personas llevar brazaletes de cobre á título de preservativo, y hallarse con ellos muy bien?

Que nos sea permitido, de paso, preguntar á los médicos que han dado ese consejo á sus clientes, si sabían que en nuestra Escuela, el cobre es uno de los mejores preventivos y curativos del cólera.

Finalmente, se administra y se puede administrar á los enfermos, todas las substancias medicinales, por todas las vías exteriores posibles. — Los indios orientales y occidentales, casi no siguen más que este procedimiento, — y todos esos hechos demuestran más y más, la acción del dinamismo fisiológico.

Escucho una nueva observación, se acaba de decir:

— Si todas las medicinas pueden ser dinamizadas y obrar en el estado fluidico, ¿por qué no las dáis siempre bajo esa forma? O bien, si reconocéis que al pasar por el mecanismo fisiológico, el movimiento de nuestras diversas circulaciones puede dinamizarlas, ¿por qué no administrar todos los medicamentos en dosis materiales, puesto que

la naturaleza, se encarga de fluidificarlos?

Reconozco la justicia de esta observación, pero como la respuesta, nos alejaría de nuestra tesis, la dejo para la próxima conferencia, en la que debe ocupar naturalmente su lugar.

Ya es tiempo de pasar á los hechos positivos

Estos hechos deben recaer sobre la experimentación pura, y sobre los resultados de la terapéutica.

Los distingo, en hechos generales y en hechos particulares.

Examinémos, según esta división aquellos que se refieren á la experimentación pura.

Esta experimentación nos enseña, de la manera más positiva y cierta, que los medicamentos, en dosis infinitesimales, tienen una acción real y múltiple sobre el hombre sano.

Sabéis que los medicamentos han sido experimentados en personas sanas, y que coleccionado todos los resultados de esas pruebas, se han formado sus fisonomías particulares. De esta manera, es como Hahnemann, formó su materia médica pura, y con estos materiales fué como el doctor Teste creyó poder clasificarlos en los grupos de su sistematización.

Hahnemann no trabajó solo en esta gran obra, sus primeros disci-

pulos le sirvieron de obreros, y cada uno, puso su piedra en ese monumento que, no perecerá jamás.

Ahora bien, si este inmenso resultado ha sido obtenido experimentando las dosis infinitesimales, en el hombre sano, es preciso «Necesariamente, absolutamente» admitir que ese resultado es verdadero, y concluir forzosamente en su acción morbosa.

Si esto no es cierto, hé aquí rigurosamente lo que sucede.

Primero, de parte de los experimentadores.

Hahnemann y sus discípulos creyeron ver hechos que no existían; han tomado quimeras por realidades. Su espíritu ha sido el juguete de una loca imaginación, y durante sus experiencias, su imaginación ha delirado.

Verdaderamente, este es el fenómeno psicológico más extraño. Pero, lo que es aun más sorprendente, es que todos sin decirselo, hayan visto las mismas apariencias fantásticas; es que todos sus sueños presenten el mismo matiz, el mismo carácter; es que sus ojos hayan sido engañados por el mismo kaleidoscopio, engañador, que fabricaba los dibujos regulares é infinitos de todos esos fantasmas!

Ahora, os pregunto, ¿este hecho es posible? Si así es, todos ellos

merecen estar encerrados en Charenton!

Pero si, en este trabajo no ha habido seducción páfida de su espíritu, ha habido entonces de su parte, la más insigne supercheria, y la más culpable mala fe.

¡Para engañar á todos los adeptos futuros de la Homeopatía, habrían redactado juntos y con un consentimiento unánime, ese libro que debe ser el Código de la doctrina Hahnemanniana, habrían, juntos, dedicado á la veneración de la posteridad, á ese manequí de la terapéutica! ¡Juntos, con los mismos instrumentos y las mismas condiciones de trabajo, habrían profundizado ese abismo sin fondo, en el cual vendrán á sepultarse las más hermosas inteligencias!

Ahora, os preguntó, ¿este hecho es posible? Si así es, merecen todos ser encerrados en el presidio!

Más, de parte de los experimentados, la imposibilidad es todavía más absoluta.

Y observemos, primero, que las experiencias han sido hechas en hombres SANOS, es decir, en hombres sanos tanto de espíritu como de cuerpo, en hombres, cuyo mecanismo fisiológico gozaba de toda la plenitud de sus facultades.

Ahora, yo sostengo que el testimonio de esos hombres equivale, al menos, á una certidumbre moral

Y, en efecto, bajo la influencia de tal ó cual medio medicinal, que les era desconocido; y que ellos eran incapaces de apreciar, esos hombres han hecho tales ó cuales declaraciones, verbales ó por escrito; cuotidianamente, á cada hora, á cada instante, ellos han notado sus sensaciones, las modificaciones de su estado, su nueva manera de ser. Ellos han indicado la variedad, la intensidad, la naturaleza de sus placeres y de sus dolores. Siempre atentos, han seguido la marcha de la experiencia en todos los senderos posibles de sus funciones. Nada se ha escapado á su atento exámen; nada ha podido distraer su observación al acecho. Con menos ardor el cazador persigue su presa en la espesura de los bosques; con menos vigilancia, su fiel sabueso olfatea las menores huellas, y aprovecha la ocasión del menor ruido.

Mucho más numerosas son las espigas que restan después de la cosecha, mucho más numerosos son los racimos olvidados después de la recolección, que los síntomas que se hubieran podido espigar después de su cosecha, en el campo de la experimentación.

Ahora, para admitir que todos esos hombres,—sanos de cuerpo y alma,—se han engañado, sería preciso estar dotado de una mala

fe y obstinación más dura que una roca académica!

Tampoco es posible suponer que, esos hombres hayan QUERIDO engañar. ¿Qué beneficio hubieran recogido? ¿Para qué motivo probable habrían redactado, en consejo, los artículos de su superchería? Todas estas aberraciones tampoco son admisibles, ni para los experimentados ni para los experimentadores.

Más, admitamos que hayan querido engañar, ¿cómo lo habrían PODIDO?

La mayor parte de las veces no estaban juntos. Los hombres no estaban con las mujeres; no conocían las substancias que se experimentaban; eran vigilados noche y día, —puesto que los síntomas, tienen sus horas predilectas para manifestarse,—y además, eran radicalmente incapaces, para examinar algunos de los síntomas. Por ejemplo, dad estramonio á veinte personas; si son afectadas de delirio, ¿cómo podrán engañaros sobre lo que dirán y lo que harán?

He aquí, un hecho general que, reúne todas las condiciones de certidumbre. De esta manera, es como ha sido elaborada nuestra materia médica. Es imposible que este hecho inmenso, que extiende sus ramificaciones en el universo entero, no sea un hecho positiva-

mente cierto. De todo dudaría, menos de esto.

Preferiría mejor, creer que Eurípides y Sófocles, Racine y Corneille, escribieron sus inmortales tragedias, bajo el dictado de mesas parlantes. Pensaría de más buena gana que Mozart y Bethowen, compusieron sus célebres sinfonías, cogiendo los frutos de la armonía, de árboles con notas. Mejor admitiría que las estatuas animadas de Praxiteles, Fidias y Miguel Angel, nacieron de un frotamiento de la lámpara maravillosa de Aladino.

Digamos pues aquí, como si quisiéramos fijar miras en nuestro camino, que la acción de los infinitamente pequeños, es un hecho positivo general.

Mas nuestra convicción se extendería mucho más, si examináramos los hechos particulares.

Se trata, pues, de la experimentación pura. Ahora bien, después de Hahnemann y sus discípulos, cada médico, cada afecto á la Homeopatía, ha podido comprobar los hechos mencionados por esos experimentadores. Todos sus trabajos, todos sus actos, todas sus aserciones han podido pasar por la inspección de experiencias secundarias. A esa barra de oro, que ha salido del crisol de la experimentación, se la ha sometido á la piedra de toque. Ese gran hecho es del dominio público;

pertenece á todo el mundo; sois libre de comprobarlo y de examinarlo, conforme á todos los caprichos, á todas las exigencias de vuestra legitima curiosidad. La naturaleza de entonces acá no ha roto sus moldes, Hahnemann no se llevó su secreto á la tumba; su crisol siempre existe, trabajad, y obtendréis la misma barra. Esos charlatanes hábiles, esos juglares descarados, no quieren «amarraros» la carta; es un partido franco y leal con las cartas sobre la mesa.

Me había propuesto, y entraba en mi plan, citar algunos hechos particulares. Gracias á Dios, tengo una colección muy rica: los unos me conciernen, y los otros, pertenecen á hombres muy dignos de fe. Pero como estos detalles serían muy largos, como por otra parte, quizá opondriais la duda á mis acertos, prefiero mejor renunciar á ello, y contentarme con decir: —Negad, sois libres para ello, pero comprobad el hecho; duerme todavía bajo las cenizas siempre calientes, id á removerlas, y allí encontraréis el tison incandescente que quemará los dedos de vuestra incredulidad.

Invoquemos ahora á los hechos que tienen relación con la terapéutica.

Aquí es muy importante deslindar nuestro asunto, y entendernos

bien respecto al verdadero estado de la cuestión.

No es mi intención hacer en este momento, el paralelo de nuestra doctrina con la doctrina oficial; no quiero absolutamente probar la superioridad de la Homeopatía sobre su rival, ni que los médicos homeópatas curan más á menudo y más pronto, más segura y agradablemente que los alópatas.

Estos por doquiera vociferan que la Homeopetía murió. Según ellos, nuestra doctrina es un cadáver, y desde hace mucho tiempo, sobre su féretro, el destino arrojó su paleta de tierra.

Sea. No quiero comparar á la Homeopatía con un gigante ardiente de juventud, capaz de ahogar á todos los hombrecillos sistemáticos. Casi os concedo que ella ha muerto, y con vosotros, me apresuro á recitar su «De profundis.» Pero si yo os pruebo que «esta cosa,» á quien llamáis un cadáver, mueve todavía una parte de su cuerpo, la más pequeña, un dedo, un ojo... «esta cosa» no puede llamarse un cadáver; si llegamos á descubrir una chispa de vida en ese cuerpo, un soplo, una palpación, será preciso diferir, hasta nueva orden, el cubrirla con una lápida.

Ved á dónde quiero llegar; voy á someteros este pensamiento, en el

cual he reflexionado muy frecuentemente.

Me represento á la Homeopatía desde su nacimiento hasta hoy. Ya habéis visto..... su poder ha irradiado en todas las partes del Globo. Sus obreros han labrado todo el campo de la terapéutica; ella ha penetrado por doquiera; ha estado en todas partes; ha recorrido toda la escala nosológica, en todos sus grados, desde la enfermedad más inocente hasta la afección más grave: en ambas Américas, ha luchado con el tifo, el cólera, fiebre amarilla, y su aceptación, siempre en aumento, prueba evidentemente su éxito positivo.

En Europa por doquiera hay médicos homeópatas, y cada uno tiene su clientela; y esto es una desdicha para las falsas aserciones de los alópatas. Si por un decreto soberano ó por la negligencia y la indiferencia públicas, estuviéramos reducidos á la pura especulación filosófica de nuestra doctrina, se podría decirnos con razón:—¿En dónde están vuestros hechos? ¿Qué pruebas, qué triunfos tenéis que proclamar?—Pero desdichadamente, para los alópatas en la cosecha de la clientela, tenemos nuestras gavillas bastante numerosas, que nos procuran nuestro pan cotidiano, y todas esas clientelas reunidas

representan un haz de hechos bastante imponentes.

Ahora bien, cuando me pongo ante todas esas consideraciones, me digo:—¿Es posible que entre todos esos hechos, no haya UNO SOLO positivo? Desde que los infinitamente pequeños se administran á los enfermos, ¿es posible que ni UNA SOLA VEZ hayan operado una curación positiva? No exijo millares de casos, uno solo me basta. Ahora bien, la negación más obstinada ¿no estará obligada á convenir, que nosotros hemos curado cuando menos UNA VEZ? Fuera del fatalismo ridículo de las coincidencias, fuera de la complacencia absurda de la imaginación, los infinitamente pequeños ¿no pueden atribuirse NINGUN caso de curación, ni UNO SOLO?

¿Quién es el hombre que se atreva á responder:—No, jamás habéis curado por un hecho positivo, y tamizando vuestros millones de casos de curación, ni uno solo queda en el arnero del análisis.

Si este hombre estuviera autorizado para sostener semejante opinión negativa y pirrónica, reclamaria yo inmediatamente el derecho de dudar de todo:—Del testimonio de los sentidos, del testimonio de los hombres, del testimonio de los hechos, en una palabra, de todos los motivos ciertos de adquirir una certidumbre cualquiera.

Admitamos, pues, la existencia de un hecho positivo; este hecho sólo, prueba la acción de las dosis infinitesimales.

Porque hé aquí el razonamiento y las consecuencias que se derivan.

Si en «tal caso», un glóbulo ha obrado; ¿por qué no obrará una, tres, cien, millones de veces, en todos los casos absolutamente idénticos? Si él ha curado una vez el cólera, ¿por qué no lo curará siempre que esta enfermedad presente los mismos síntomas y los mismos caracteres?

Otra consecuencia sacada de la fuente de la analogía.

Si un glóbulo curó tal enfermedad, ¿por qué no podría curar á otra, su vecina en la cohabitación nosológica? ¿Cómo podríais comprender que, estando admitida la acción de un glóbulo, esta acción se hubiera fijado en un sólo punto de la circunferencia terapéutica? ¿Cómo el poder divino habría creado un sólo poder curativo, para solo una enfermedad? Esta suposición quebranta todas las reglas de la lógica, y hé aquí, por lo demás la prueba.

Si una curación ha sido obtenida, es por medio de una medicina; mas si esa medicina tuvo ese poder por medio de ese fluido, ¿por qué las demás no lo tendrían? ¿Por qué no querer dar sino á una sola